

MUSEO DE LAS FAMILIAS.



Susana Bachon.—Cuadro de rosas y camelias.

LA CAMELIA.

AVENTURAS DE UNA ROSA Y UNA CAMELIA.

I.

UNA ROSA MATIZADA.

En Fontenoi au Roses hay un establecimiento de horticultura que dirigia el tío Bachon, excelente jardinero, el

SEGUNDA SERIE.—1856.

que no permitia coger ni una brizna de yerba; era para él un crimen de lesa-agronomía. El jardín del tío Bachon se hallaba rodeado de una valla de zarzas, en la que se habia abierto una puerta de madera; en medio del jardín estaba el pozo; á la derecha el cuarto donde se guardaban las semillas; á la izquierda la casa.

Una mañana hacia las ocho, en que el tío Bachon habia convocado á algunos vecinos y vecinas para enseñarles una rosa matizada que acababa de obtener por medio de diversos enjertos, y les contaba prolijamente la historia de

AÑO XIV. 1

la rosa, bebiendo una botella de vino, con que obsequiaba á sus oyentes, un personaje mal vestido y peor calzado, perseguido por los gendarmes, se lanzó como una flecha al través de las zarzas, se echó boca abajo en el jardín del tío Bachon, hízose el muerto durante algunos minutos, después se levantó con la lenta precaución de un hombre acosado que tiene la firme voluntad de escapar á los que le acosan; en seguida, convencido de que los gendarmes habían tomado por otro camino, respiró fuertemente, y su rostro, groseramente cortado, pero enérgico é inmóvil, expresó la burlona satisfacción del discípulo que se burla de su maestro.

—¡Se marcharon! dice apretando el trapajo encarnado que á modo de faja ceñía su cintura, y del que había dejado un pedazo entre las espigas de la zarza. ¡Cosa extraña, continuó, que no me puedan dejar vivir á mi gusto! ¿Qué les importará que yo duerma bajo un árbol ó bajo techado? ¿que yo venga raices crudas en lugar de pan? ¿que yo vaya con la cabeza al aire, ó cubierta con esa cosa tan fea que llaman sombrero?

Hablando de este modo este vagabundo, llamado por mote Tagarote, visto la poca cultura que había recibido, pero que respondía también al nombre de Gaspar, descubrió un banal de zanahorias, arrancó una, la limpió y se la comió.

—En efecto, ¿qué necesita el hombre? prosiguió: aire, espacio, sol: un fruto de la tierra para aplacar su hambre, un arroyo cristalino para apagar su sed; ¡los que desean mas son locos! ¡Bueno! ¡gentes! dijo, prestando su oído á un ruido que venía de la parte de la casa. ¡Fuerte cosa es no poder estar uno solo un instante con su pensamiento!

Al decir estas palabras trepó sobre los grandes árboles que daban sombra á la cabaña donde se guardaban las sementeras, y se acurrucó allí á la manera de un mono.

Este filósofo en harapos, este Tagarote, bien llamado así, habitaba allí desde su primera niñez.

Ni él, ni los demás tampoco, sabían nada de su familia. Había vivido hasta entonces á la ventura: de limosna siendo pequeño, del merodeo siendo hombre; pero de merodeo tan modesto, como una legumbre, alguna fruta, en términos que no había nadie pensado en quejarse, y sin serle simpático, lo sufrían y lo toleraban. Solo los gendarmes no podían aceptar esta existencia fuera de la ley, y habían concluido por otra parte en tomar cierto gusto en perseguir á Gaspar.

Había, sin embargo, un alma muy grande en este casi salvaje; era una buena tierra por labrar. En las orillas del Orinoco lo hubieran hecho rey; entre nosotros, el mas insignificante obrero, cualquier limpia-botas se hubiera creído superior á él, y tenía razón. Es preciso ser de su país y de su época: es preciso devolver á la sociedad lo que nos ha dado: cada abeja debe su jugo al panal, cada hombre debe á todos el contingente de su trabajo.

Gaspar no lo comprendía así. Hubiérale sorprendido estremadamente cualquiera que le hubiera dicho que aquella legumbre, aquella fruta que hurtaba con la frente alta, era un robo. No admitía mas que el robo de dinero ó de efectos preciosos é inútiles, y os hubiera respondido sin ruborizarse que el pájaro coge en la espiga el grano que necesita para vivir, y que él no hacía otra cosa que lo que el pájaro.

Las gentes que estaban con el jardinero Bachon, y cuyo ruido de pasos y voces habían venido á turbar á Gaspar y á obligarle á ocultarse, entraron en el jardín á reconocer y admirar la maravillosa rosa que el jardinero con aire triunfal les enseñaba, separando delicadamente las hojas del arbusto, dejando ver en todo su esplendor una rosa matizada de colores, fina, olorosa, perfecta, delante de la cual todos se extasiaron.

Después Bachon volvió á la casa con sus amigos, marchando como un vencedor á su cabeza, quedándose sola en el jardín Susana, su linda hija, que tomando una cestita de mimbrres en la mano, se puso á coger cerezas de unos cerezos enanos que había, cantando á media voz durante su trabajo.

Gaspar la miraba y la escuchaba cual si escuchase y mirase á un ruiseñor.

—Cantad aun, si quereis, dijo de repente en un momento en que se había parado. Susana dió un grito de terror alejándose vivamente de aquel hombre que acababa de ver, á quien no conocía, y cuyo aspecto no era para tranquilizarla.

—No tengais miedo, repuso éste: soy Gaspar, Gaspar Tagarote que me llaman.

—¡Gaspar! exclamó Susana mirándole curiosamente como un ser de quien se ha oído muchas veces hablar, y sin que hubiese creído su identidad; y bien, señor Gaspar añadió, ¿qué quereis? ¿por qué estais aquí? ¿cómo habeis entrado?

—Vaya unas preguntas que ensartais unas tras otras, como las perlas de vuestro collar, replicó el imperturbable Gaspar. ¿Qué quiero? Un refugio de algunas horas contra la persecucion de los gendarmes. ¿Por qué estoy aquí? porque tenía que elegir entre vuestro jardín y sus uñas. ¿Por dónde he entrado? por aquel agujero; las zarzas y las espigas no tienen nada que ver con mi piel, no siendo yo hombre que me vuelvo por ver una puerta cerrada. Además, yo no veo que mi presencia dañe aquí á nadie.

—Si mi padre supiese que estabais aquí, replicó Susana, capaz seria de llevaros él mismo al cuerpo de guardia.

—Si, me tiene mucha tirria. ¿Pero yo qué le he hecho, á él?...

—Dice que no trabajais, que sois inútil al país.

—¿En qué sirve él al país? preguntó Gaspar. ¿Inventando rosas? que me deje gozar de mi parte de aire y de sol, y si alguna vez encuentra en su jardín un racimo de uvas ó una pera menos, que recuerde que Dios ha criado los jardines sin cercas, los campos sin límites y los bosques sin guardas.

Susana miraba y oía asombrada á aquel hombre.

—¿Os parecerá mal el verme hablar así, no es verdad, señorita? continuó éste. A mí que no sé leer, que vivo fuera de toda ley, de toda costumbre. Os diré que nada enseña á pensar como el silencio y la soledad de un lejano horizonte. Nada eleva tanto el corazón y ensancha las ideas como la contemplación del cielo. A vosotros os agobian vuestras casas: tropieza vuestra alma con el yeso, con la cal y la madera con que haceis de ellas vuestros sepulcros. Ignoro lo que se aprende en las ciudades, pero sé lo que no aprenderéis jamás.

—Sin embargo, señor Gaspar, se aventuró á decirle Su-

sana, la vida que habeis escogido no es la que Dios ha hecho, la sociedad es grata al corazon del hombre.

—Lo ignoro: niño me han rechazado los niños; hombre, los hombres parecen avergonzarse y tener miedo de mí.

—Toda sociedad tiene necesidad de leyes que la gobiernen, añadió Susana dejándose llevar de la inspiracion de su buen sentido; y todo miembro de esta sociedad debe someterse á sus leyes.

—Yo no conozco mas que una ley, replicó Gaspar; la que dice al hombre: abre los ojos, mira, admira y adora.

—Y la que le dice: ama si quieres ser amado, añadió Susana con una dulzura tal, que hizo estremecer á aquel salvaje.

—¿Cómo decís? preguntó éste.

—Señor Gaspar, continuó Susana, seguramente sois un ser muy extraordinario: decís cosas que condena el buen sentido, pero que sin embargo, hacen que se interese una por vos. Jamás os había visto, pero había oído hablar mucho de vos en el pueblo, y deseaba conoceros. ¿Sabeis lo que querría ahora que os conozco? Querría ser bastante sabia y hablar bastante bien para convenceros de que no son buenas vuestras ideas á pesar de un no sé qué de grande y extraño que tienen. No puede equivocarse todo el mundo y vos solo tener razon.

—¿Cosa singular! díjose para sí mismo Gaspar, suscita en mí pensamientos que jamás sospechaba. Pero no, no, continuó dirigiéndose á Susana, es vuestra voz la que me penetra el corazon: son vuestros grandes ojos los que turban mi alma. ¿Sabeis que sois muy linda?

Asustada Susana de este brusco requiebro, dió dos pasos hácia atrás.

—Y despues, continuó aun Gaspar, en mi vida me ha hablado nadie tanto tiempo ni tan dulcemente como vos lo habeis hecho. ¡Qué bueno es el sonido de una voz amiga! esto halaga el oído, esto encanta el alma mas que el dulce cántico de los pájaros. Bendito para mí será este día: lo recordaré, y para que lo recordeis tambien, ¿quereis guardar esta rosa?

Y diciendo esto habia cogido en menos tiempo que tardamos en contarle, la famosa rosa matizada del jardinero Bachon, y se la ofrecia á Susana, estupefacta de terror.

—La rosa matizada de mi padre! dijo ésta en cuanto le fué posible hablar. ¿Qué va á decir? ¿Cómo reparar esta desgracia? ¿Estais perdido!

—Por una rosa, replicó Gaspar; ¡vaya! ¡vaya! ya creará otras vuestro padre, puesto que se permite remedar al Criador.

—Oigo su voz, dice Susana desolada; ¿qué va á ser de nosotros? ¿Cómo aguantar su cólera? ¡Huid! Pero no: se acerca, es imposible la fuga. Entrad pronto ahí dentro; ¡si os viese os mataría!

Y loca de temor le empujó para que entrase en la casa donde se guardaban las simientes, cuya puerta cerró guardando la llave. Corrió despues á ocultar su turbacion en la casa, mientras su padre entraba pacíficamente en el jardín.

Llegóse otra vez aun el feliz jardinero á contemplar la hermosa rosa que era toda su gloria y toda su esperanza. Al ver su mutilado rosál, perdió casi el juicio comenzando á gritar:

—¡Al ladron, al ladron, al asesino, fuego! con la mas viva desesperacion de un loco.

A sus gritos acudieron apresuradamente sus vecinos, tan pálidos y temblando como él.

—Amigos míos, les dijo con desesperacion Bachon, soy un hombre muerto, me es preciso encontrar al culpable; necesito su vida: mi rosa, mi hermosa rosa, mi esperanza, mi ilusion toda.

Buscaron por todas partes del jardín, y solo hallaron entre las zarzas un pedazo de la faja encarnada que habia dejado entre las zarzas al pasar por ellas Gaspar.

—Si sale vivo de mis manos, como llegue á cogerle, dijo el jardinero Bachon, que me aspen vivo; y echando fuego por los ojos y espumarajos de rabia por la boca, y con treinta años menos en las piernas, salió al campo seguido de los demas á buscar por todas partes al ladron de su rosa.

II.

UNA CARCAJADA.

Apenas Susana vió alejarse á las gentes del jardín en diversas direcciones, cuando temerosa y apesadumbrada salió de la casa y fué á la cabaña de las simientes para poner en libertad á su prisionero. Llamóle una ó dos veces al abrir la puerta y no recibió respuesta ninguna. Comenzaba ya á inquietarse, cuando descubrió á Gaspar... profundamente dormido.

—¿Qué hombre, pensó ella para sí: su vida, mas aun, su cara libertad, está en peligro, y duerme!

Despertóse sin embargo.

—¡Soñaba en vos, dijo á Susana al salir: soñaba que volvais á hablarme, y era dulcísimo mi sueño!

—Señor Gaspar, dijo Susana, no teneis un instante que perder: como preví, mi padre se ha puesto furioso y lo vais á pasar muy mal si os coge. ¡Estaba tan orgulloso y contento con su flor! ¿Qué mala suerte os ha traído á nuestra casa?

—¿Es ese vuestro pensamiento? preguntó Gaspar, dejando ver en su rostro la espresion de la mas profunda melancolia.

—Señor Gaspar, continuó Susana, evitando el responder, es preciso, no solamente que abandoneis este jardín, sino que si quereis seguir mi consejo, debeis dejar este pais por algun tiempo, porque es seguro, que no podreis estar en el tan tranquilo como antes. Aquí tenis pan y algunos vestidos. ¡Marchaos!

—¡Pan, gracias! ¡lo uso poco, respondió Gaspar, pero vuestras manos lo han tocado, lo guardo! vestidos, ¿para qué? dijo desatando un paquete. Camisas, no, guardadlas; la lana es buena, la lana vale mas: embebe el sudor.

—He creído haceros un bien, Gaspar, replicó Susana; si eso no os es útil, dejadlo, pero ¡marchaos! ¡A cada instante creo oir la voz de los que os persiguen: ¡marchos! ¡y que Dios os inspire la voluntad de cambiar de vida y de aceptar en fin, vuestra parte de trabajo y de reclamar vuestro derecho al afecto de los demas!

—Partir, es no volveros á ver, á vos que me pareceis un ángel del cielo, tanta bondad y belleza hay en vuestra frente, tanta suavidad sobre vuestros labios: ¿cómo resolverme á marchar? ¿os volveré á encontrar tan amable como os dignais hoy ser conmigo?

Un momento de silencio, lleno de ansiedad y embarazo para Susana, de extrañas reflexiones hacia Gaspar, siguió á estas palabras. Despues, de pronto aquel salvaje sucio y haraposo, plantándose delante de la hermosa jóven:

—¿Susana Bachon, la preguntó resueltamente, me que-
reis para marido?

Seguramente Susana, preocupada con el descontento de su padre y verdaderamente inquieta por aquel hombre que no podia menos de interesarla, como interesa una cosa desconocida, Susana no se hallaba predispuesta á reirse: sin embargo, al oir la increíble peticion de Gaspar, soltó la carcajada. En vano trató de resistir á la risa, tranquilizarse y recobrar la gravedad relativa de la situacion: en cuanto sus ojos se fijaban sobre el pobre Tagarote que la miraba dolorosamente sorprendido, la malhadada risa continuaba su curso: y sin poder articular una palabra, incapaz de velar ya en la fuga de Gaspar, oyendo resonar siempre en sus oidos su burlesca pretension, volvióse á su casa, echóse sobre una silla permaneciendo en ella cerca de un cuarto de hora antes que pudiese apaciguársele aquel acceso de tos mas nervioso que alegre.

El desprecio mas insultante, la mas violenta cólera, no hubieran herido tan penosamente á Gaspar, como aquella risa inestinguible, aquella risa fresca, brillante, argentina, de la jóven, aquella risa elocuente, que probaba á qué punto se habia atrevido á espresarse. Hasta tal punto que ni le habian hecho el honor de enfadarse.

—Soy un hombre, y ella, sin embargo, no es mas que una muger, murmuró Gaspar escitándose á la rebelion.

Pero por mas que hizo no pudo ni indignarse, ni sentir mas que un profundo desaliento. Bajo el imperio de este desaliento salió de casa del jardinero Bachon, subió las desiertas calles de la aldea, sin ocuparse de las furiosas pesquisas de que era objeto, caminando con la cabeza baja perseguido sin cesar por aquella risa inestinguible.

Agobiado con una inferioridad que antes de este dia hubiera soberbiamente negado: por la primera vez de su vida, avergonzándose de sus harapos, de sus pies descalzos y de su descuidada barba: conmovido con las palabras que Susana le habia dicho acerca de los deberes de cada uno y de todos: asustado del abismo que adivinaba entre él y los demas, no sabiendo como pasarlo, Gaspar fué acometido instantáneamente de una fiebre tan violenta como nueva para él, en atencion á que la causa estaba en el cerebro, órgano casi nuevo en este hombre que se habia servido largamente de sus sentidos y no habia usado sino muy medianamente de la reflexion. Dando diente con diente y helado dejése caer en un campo de cebada, y allí sus ojos poco á poco se cerraron. Sus ideas se confundieron, sintiendo un gran zumbido en sus oidos y en su frente, perdiendo el conocimiento del lugar y sitio en que se hallaba. Cuántas horas duró esta conmocion cerebral, jamás ha podido saberse. Pero cuando sus ojos volvieron á abrirse á la luz y su alma á la razon, entonces se encontró tendido sobre el suelo de un cuartito cuya puerta abierta dejaba ver un gabinete de estudio atestado de libros, de huesos y de alambiques en medio de los cuales hallábase un anciano vigoroso sentado delante de una mesa cubierta de papeles que consultaba con atencion.

III.

REGAÑON BENÉFICO.

Aquel anciano escribia en un cuaderno, y al mismo tiempo hablaba mostrando su compasion por todas las miserias; pero condenando á los que las padecian con el mayor desabrimiento y dureza cual si las tuviesen bien merecidas. Al mismo tiempo que su lengua condenaba á los hombres escribia su mano un socorro que aliviase sus necesidades. El anciano compulsaba las notas que le habia presentado su criado de las desgracias que habia hallado dignas de ser socorridas, cuando un gemido de Gaspar y algunas palabras de Luis, el criado, dichas en voz baja al enfermo, llamaron su atencion hacia el lado del cuarto inmediato.

—¿Un extranjero aquí! dijo empujando á Luis á su gabinete, con un vigor poco comun. ¿Quiéres que te abogue? Un hombre aquí, cuando sabes que los aborrezco, que huyo de ellos... Vas á reunir tus cosas y á marcharte de mi casa, tú y tu acólito: mirala bien al salir para no volver á poner mas los pies en ella!

Este Luis era un hombre tan calmoso, como demente era su amo: conocia ademas al anciano, y sabia en que habia de parar aquella cólera: asi es que no se asustaba de ella.

—¿Quién es ese hombre? preguntó.

—Un labriego, le respondió lacónicamente.

—¿Borracho? preguntó el anciano con disgusto.

—Enfermo.

—¿En dónde lo has recogido?

—En un campo. El pulso está rápido, la cabeza ardiendo, la piel seca y ardorosa, el señor debe verle.

—¡Hola, con que el señor debe verle! replicó el anciano en un nuevo acceso de cólera. ¿No te basta andar descubriendo con tu nariz de garduña, todas las miserias del pais, es preciso que hagas de mi casa un hospital?

—Obedezco á las órdenes del señor.

—Jamás te he mandado eso.

—La enfermedad es una miseria.

—Que vaya á abrigar la miseria á su casa.

—Ese hombre no tiene asilo, y el señor tendrá piedad de él: el señor lo tendrá en su casa, lo cuidará y lo curará.

—¿Cómo es eso?

—El señor, á pesar de su génio brusco no ha rechazado jamás á los que padecen ¿no tiene el señor para el pobre la bolsa llena y abierto el corazon?

—Desde lejos.

—¿No ha salvado ya el señor de la muerte ó de la desesperacion á las tres cuartas partes del pais?...

—¡Bueno!

—Haciendo como la Providencia, ocultando la mano que esparce los beneficios.

—¿Has concluido? ¿verdugo!

—Me desquito de diez años de silencio, una pobre vez que digo lo que siente mi corazon. No sois tan malo como quereis parecer, señor doctor: por mucho mal que hableis de la humanidad, siempre venís en su ayuda y vivís como anacoreta, para ejercer la caridad como un príncipe.

—Hablador de los demonios, ¿te callarás? has soltado la taravilla.

- Sois bueno.
 —¿No!
 —Compasivo.
 —¿No!
 —Sensible, amante y generoso.
 —¿No! ¡no! ¡no!

—Y no rechazais á un desgraciado, para el que tal vez la existencia de vuestras luces es una cuestion de vida ó de muerte.

—¿Puede haber mayor tiranía? replicó el doctor medio vencido. ¿Quién es el amo? ¿Quién manda?... que me traigan aquí á ese intruso, continuó desembarazando un sofá de los muchos libros que en él se hallaban, y arreglando los almohadones sobre los que ayudó á Luis á colocar al enfermo con una delicadeza y precauciones propias de una madre.

Así como lo hemos dicho, Gaspar había escuchado y mirado al doctor, porque era un doctor, durante su conversacion con su criado Luis, y si conocia demasiado poco á los hombres para comprender absolutamente aquella naturaleza áspera en la forma, excelente en el fondo, aquel sublime maniático que se jactaba altamente de su misantropía y consolaba con todo su poder la humanidad, y se había retirado del mundo por algunos disgustos, probando su esquisita delicadeza, y que se ocupaba, sin embargo, cual un padre de familia en cuantos sufrían en derredor suyo: con todo, Gaspar, se sintió atraído hacia él. Parecía-le que había puntos de contacto entre los dos. Decíase en su interior, que habiendo debido sufrir el doctor, le escucharía hablar de sus padecimientos, tal vez aun le daría un consejo y le indicaría el medio, así como decía Susana, de reivindicar su parte en la pena y su derecho al trabajo.

Aguardando esto, débil y quebrantado dejóse cuidar: y al cabo de tres semanas se hallaba completamente bueno.

IV.

UNA REVOLUCION MORAL.

—Hé aquí un mozo á quien ya se le puede dar de alta, dijo una mañana el doctor. Veamos á ver, ¿qué vas tu á hacer? ¿Qué sabes hacer? ¿Qué hacías? preguntó á nuestro héroe admirado de oír hablar de partida, cuya idea, sin embargo, aunque natural y próxima no le había ocurrido. ¿Hablo yo á un sordo? continuó el doctor. ¿Es qué?... pero se detuvo inmediatamente á vista de las gruesas lágrimas que corrían por el rostro de Gaspar. ¿Qué es eso? ¿qué tienes? dijo el buen hombre dando á su voz un acento mas amable á medida que se iba enterneciendo. ¿Por qué lloras? ¿esperabas que te iba á dar de comer toda tu vida? ¿y á título de qué? ¿sabrás al menos limpiar mis árboles? ¿de qué eres capaz?

—De nada, respondió Gaspar, á quien está verdad anonadaba; pero replicó despues de un silencio: tengo veinte y tres años, creo sería demasiado viejo para aprender; es demasiado tarde para que me plegue al trabajo, para que comience un oficio, para que sea un hombre útil como se dice, un hombre como todo el mundo, en cuya cara no se ría una muger cuando me ofrezca á ella por marido.

A estas palabras, dejando adivinar la constante preo-

cupacion de Gaspar, miróle el doctor con mas atencion que lo había hecho hasta entonces: despues de repente se puso á preguntarle sus antecedentes, y el otro le contó su vida entera: simple historia llena de ensueños que había poblado y encantado su aislamiento, llena de sufrimientos físicos y privaciones de toda especie soportadas con el mayor estoicismo.

El doctor había soñado siempre en un hijo á quien educar en su humor y á quien participar su ciencia. Parecióle que la Providencia le enviaba este hijo criado á medida de su deseo, es decir, habiendo sufrido bastante para mirar la quinta de Croi, en donde se había encerrado aborreciendo el mundo, como una mansion de delicias.

—Gaspar, dijo al pobre vagabundo, ¿teneis de veras la voluntad de domar vuestros hábitos de pereza?



Gaspar Tagarote.

—Si, si, respondió Gaspar.

—¿Habeis reflexionado á qué género de ocupaciones tenéis inclinacion?

—Si fuese libre yo de elegir, querría, habiendo hasta ahora empleado mi vida en contemplar á Dios en sus obras, querría encontrarle en las obras de los hombres. Pudiendo el estudio dar los medios de ganar su pan, querría estudiar.

—Bien, Gaspar, estudiaremos, dijo el doctor encantado al ver realizado su sueño.

Y en efecto estudió: y bajo la direccion de tal maestro Gaspar, á quien su propia dicha maravillaba y llenaba de gratitud hacia Dios que dirige todas las cosas: movido tam-



bien por un pensamiento secreto ó un recuerdo oculto en el fondo de su corazón: Gaspar, que al entrar en casa del doctor ni aun sabia leer, adelantó en todas las cosas á paso de gigante. Asombrado estaba el doctor, y á medida que se aumentaba el ardor del discípulo, redoblaba también el maestro su celo y actividad en la continuacion de su obra.

Pasóse para ellos un año como un relámpago, y estableciéronse entre estos dos hombres los vínculos de un tierno y afectuoso amor. El doctor era á los ojos de Gaspar, la imagen de Dios mismo: habia tomado la dulce costumbre de llamarle su padre, mientras que mas de una vez, cuando dormia Gaspar y se hallaba Luis ausente, el rudo y brusco doctor se acercaba de puntillas á éste y depositaba sobre su frente un beso paternal. Sin embargo, al cultivar Gaspar su alma y su inteligencia habia tomado el hábito de la curiosidad y aseó de su persona, desconocidas para él hasta entonces: no se hubiera podido reconocer en el jóven afeitado, calzado y decentemente vestido, al pilluelo que penetraba en el jardín de Bachon al través de los zarzales, sin cuidarse de dejar entre sus espinas algun pedazo de sus harapos.

El doctor encontraba que Gaspar dedicaba mas cuidado á su vestido, y se admiraba tanto mas cuanto que á la quinta de Croi no venia nadie, y que si Gaspar se ausentaba alguna vez de ella, era siempre á la entrada de la noche.

El doctor que creia leer como en un libro abierto en el corazón de Gaspar, no habia, sin embargo, adivinado ese sentimiento secreto de que hemos hablado, y que habia sido el primer móvil de la reforma del jóven. Cuando Gaspar le hubo contado su vida y las impresiones que habian producido su desmayo y fiebre, habia visto tambien otra cosa que le habia inquietado, pero como Gaspar jamás habia pronunciado el nombre de Susana, se hallaban tranquilos y no habian vuelto á pensar mas en esto.

No porque Gaspar hubiese tratado de faltar á la confianza con el doctor, era un simple presentimiento de que el humor gruñon del doctor no hubiese perdonado á Susana mas que á las demas, y el jóven conocia que esto mismo le hubiese causado un vivo disgusto.

V.

LA PRIMERA CAMELIA.

En el número de los profundos conocimientos que poseia el doctor se encontraba la horticultura. Solamente que asi como el jardinero Bachon se dedicaba á producir variedad de inocentes flores, el doctor con insaciable curiosidad por el progreso de la medicina se habia consagrado á combinar venenos y sus remedios: á engertar los unos con otros de los vegetales que bajo la forma de una leche blanca y pura destilan la vida ó la muerte. El jardín botánico no poseia una coleccion tan completa de venenos como el doctor, el que no permitia entrar á nadie en su estufa, y no lo consintió mas despues sino á Gaspar.

En correspondencia con otros sabios horticultores, el doctor recibió un día de uno de ellos la primera camelia blanca traída de la India.

Conocida es esta magnífica flor que se abre en medio de un follage, que en nada le cede en belleza, y que si tuviese olor hubiera disputado fuertemente su imperio á la rosa.

No pudiendo servir esta flor á los estudios del doctor, su posesion no le lisongeó mucho: hubiera preferido una variedad de cicuta, de que se hablaba entonces mucho, y que trataba de producir. No la vió Gaspar con iguales ojos, y un súbito proyecto cruzó por su cabeza, no ocultando su extremo deseo de poseer la camelia.

—Tómala, tómalas, le dijo el doctor, no sabia que eras aficionado á flores.

Poseedor de la preciosa planta, aguardó Gaspar la llegada de la noche con cierta impaciencia: así que llegó, salió, con el tiesto de la camelia debajo del brazo, de la quinta de Croi, y tomó un camino que habia seguido ya mas de una vez en sus expediciones nocturnas, de las que el doctor jamás le habia preguntado una palabra. Dirigióse hácia la casa de Bachon.

En efecto, mas de una vez habia ido el jóven á rondar alrededor de aquella casa donde habia experimentado el único pesar profundo de su vida: pesar mezclado de tal suerte á un sentimiento mas dulce, que con el auxilio del tiempo el primero de aquellos dos sentimientos se fué borrando poco á poco, y dando entero lugar al otro en el corazón de Gaspar.

Gaspar tenia, sin saber precisamente por qué, una esperanza. El objeto de sus espionajes alrededor de la casa que habitaba Susana, era el de convencerse por sus propios ojos de que la jóven no habia volado á otro nido. El temor solo de no hallarla en el techo paterno le hacia estremecerse de pies á cabeza.

Cuando habia oído su voz ó descubierto al través de los cristales sus vestidos, se volvía contento y con un nuevo y ardiente impulso para continuar sus estudios.

Al llegar á la cerca de zarzas al través de las cuales habia pasado un año antes, aplicó Gaspar el oído para ver si sentia algo. Asegurado de que no habia nadie en el jardín hizo pasar su camelia por encima de las zarzas, la colocó en un sitio convenientemente abrigado, y se alejó en seguida prometiéndose volver á la mañana siguiente allí antes de amanecer, á fin de sorprender el asombro y el gozo del jardinero Bachon á vista de la desconocida planta.

Apenas habia salido el sol cuando Gaspar se hallaba ya en su puesto acurrucado para no ser visto, y pudiendo ver todo lo que pasase en el jardín de su antiguo enemigo, por entre las ramas.

Bien pronto Bachon se presentó con su podadera en la mano y un lío de cuerdas en la otra para arreglar unas enredaderas de jazmines sobre la pared.

Dos horas llevaria de este trabajo, cuando Gaspar temiendo causar inquietud al doctor, y no queriendo, sin embargo, alejarse de allí antes que Bachon hubiese visto la flor, hizo un movimiento de impaciencia que oyó éste.

Bachon era cazador.

—¡Un conejo! exclamó, ¡caramba, si tuviera aqui mi fusil!

Llamada su atencion hácia el lado donde se hallaba la camelia, bien pronto la descubrieron sus ojos, y de un salto se puso al lado del arbusto.

Maravillarse, admirarla, llamar á Susana, preguntarla

sobre la presencia en aquel sitio de aquella espléndida flor, palpar delicadamente sus espesas y brillantes hojas contar los pétalos, examinar su estructura, considerar sus capullos es lo que Bachon hizo con una alegría de niño ó de artista, aumentada tal vez con el misterio y lo inesperado de su aparicion.

—¿Qué nombre tendrá esta maravillosa flor? dijo Bachon.

—Camelia, respondió Gaspar dejándose ver al otro lado de la cerca de zarzas.

Susana y su padre se estremecieron: éste último de sorpresa. No reconocia á Gaspar en su nuevo traje. Susana, al contrario, asombrábase de reconocerle con los vestidos y los modales de un hombre civilizado.

—Señor Bachon, dijo Gaspar, esta flôr viene de la India y aun no es conocida en París: el que la propagare creo que hará una famosa especulacion. ¿Teneis la bondad de aceptarla como una indemnizacion que os es debida?

—¿Una indemnizacion, caballero? replicó Bachon, el que no necesitaba largas reflexiones para comprender cuanta honra y provecho podia valer la camelia á su propagador; no os comprendo.

—Señor Bachon, yo soy Gaspar, Tagarote.

—Hola, sois... tú eres... eres tú el que... en efecto, ahora caigo en tus facciones: pero con ese vestido... ¡Imposible!...

—Soy yo, señor Bachon, y si quisiérais perdonarme el gran disgusto que os di el año pasado, volveré otro día para contaros como ya no soy el vagabundo de otras veces, sino un hombre como todos los demas, un hombre que trabaja en instruirse á fin de poder ganar su pan y el de la muger que quiera confiarle su suerte.

Recalcó sobre estas últimas palabras. Susana bajó los ojos.

En cuanto á Bachon, le miraba y le escuchaba con la boca abierta.

Algun antiguo rencor le quedaba aun al recordar su rosa matizada: pero en fin, la camelia era verdaderamente una indemnizacion aceptable por un lado, y por otro le parecia muy bien que Gaspar mismo hubiese venido voluntariamente á ofrecer la reparacion de un mal de que en rigor nadie, fuera de Susana, hubiera podido convencerle, y aun el mismo Bachon no sabia que Susana estaba enterada de esto.

—¿Luego, eras tú? preguntó Bachon pensando en su rosa. ¿Pero con qué objeto? ¿Pero era posible que lo hicieses solo por pura maldad?

—No, señor, eso hubiera sido imposible.

—¿Qué razon tuviste entonces?

—Mas tarde os la diré si me permitís entrar en vuestra casa por la puerta.

Susana no pudo menos de sonreirse con esta alusion á su antiguo modo de entrar en las casas y su sonrisa iluminó el rostro de Gaspar.

—Ven cuando tú quieras y por donde quieras y lo mas pronto posible, buen perillan, respondió Bachon que cuanto mas miraba á la camelia mas bellezas descubria en ella: me contarás tu historia y la suya, añadió señalando á la flor.

VI.

EL DOCTOR GASPAR.

Aprovechóse Gaspar del permiso concedido y volvió frecuentemete. Los capullos de la camelia habian florecido, el arbusto habia dado magníficos renuevos, algunos habian sido vendidos y pagados anticipadamente muy caros.

Quedó hecha la paz y olvidada la rosa.

Sin embargo, las reiteradas ausencias de Gaspar no perjudicaban á sus estudios, al contrario estos eran prodigiosos y se hallaba próximo á tomar sus inscripciones en la escuela de medicina de París, las ausencias de Gaspar afligian á la quinta de Croi. El doctor se quejaba; pero en su corazon acusaba á Gaspar de ingratitud y reprendiase del nuevo ensayo que habia querido hacer del reconocimiento del hombre.

Gaspar por su parte queria y no se atrevia á abrir su alma á su bienhechor. Sentiase indeciso entre Susana y él, sin poder renunciar al uno ni á la otra: temia que al saberlo todo el doctor no fuese su ultimatum obligarle á elegir entre la aldea y la quinta de Croi.

Y sin embargo, el jardinero Bachon iniciado en los trabajos y en las esperanzas de Gaspar, predispuesto en su favor por el regalo de la camelia, olvidando á Tagarote y no viendo mas que al futuro doctor, sonreia á los deseos que al fin habia manifestado Gaspar y á los que esta vez no habia contestado Susana con una carcajada sino con una sencilla emocion.

—Padre mio, le dijo una mañana al doctor Gaspar decidiéndose á esplicarse: padre mio me, sucede una gran ventura, ventura que os debo como todo lo demas: Susana Bachon consiente en ser mi muger. Quereis permitirme me case con ella?

—Ya me lo figuraba yo, dijo el doctor: ¡un amorio! cuando hubiéramos podido vivir tan felices aquí... ¡contad con nada! ¡Creed en las bellas promesas de afecto! ¡viejito loco, ¿cuándo cesarás de engañarte á ti mismo?... ¡cásate ó no te cases, continuó con tono brusco, valiente cuidado me da á mi!

—Padre mio, seremos dos á amarnos, á bendeciros.

—Yo no quiero que me amen.

—¿Si consintieseis solamente en verla?

—Que notenga el atrevimiento de poner los pies aquí.

—¡Padre mio, es tan buena, tan dulce como linda, os distraeria tanto!

—¿Caramba! si. ¿Una muger que viniese á arreglarme mis libros? ¿y hacerme comer á sus horas? ¿y llevarme á pasear? ¿y á tiranizarme en fin?... Estais loco... marchaos, marchaos con ella, dejadme, abandonadme... yo habia tenido sin embargo la tonteria de pensar que me cerrarias los ojos!... ¡El corazon es incorregible!... y bien, haré como Broussais, me los cerraré á mi mismo.

A pesar de esta salida que ya se esperaba Gaspar, volvió á la carga: su tristeza, su ternura filial, su respeto tuvieron el efecto que debia augurarse con un hombre tan realmente generoso como el doctor. Al pronto le permitió que le hablase de Susana: despues consintió en mirarla desde su quinta cuando pasaba por el camino. Al fin quiso que se la presentasen y desde entonces era segura la victoria.

En efecto, algunos meses mas tarde á consecuencia de